

momentos en que el desenfreno romántico de la pasada centuria llevó a los poetas de España y de otros países de América a los peores extravíos, la literatura mexicana perdió este pudor esencial del gusto, al que no sólo en parte sirvió, acaso, de tamiz la sensibilidad irónica del sentimiento primitivo indígena, sobre cuyo fondo, en la hora de la conquista, vinieron a dibujarse los objetos de la cultura occidental europea.



Para los jóvenes que iniciaron su carrera literaria por 1915, año que, según alguno de ellos, debería considerarse como el origen común de su generación, el horizonte espiritual se encontraba formado, en gran parte, por el recuerdo del Ateneo de México que la contrarrevolución militarista de Victoriano Huerta y los movimientos civiles que la habían continuado acabaron de desintegrar. Apuntalando sus ruinas, quedaban en México algunas figuras de singular relieve. Entre ellas, las más distinguidas eran las de Antonio Caso y Enrique González Martínez. El uno en la filosofía, en las letras el otro, ambos—más aún que Alfonso Reyes o el mismo José Vasconcelos—fueron, en realidad, los maestros temporales de la promoción que sobrevino después. A la cátedra de Estética de Antonio Caso en la entonces Facultad de Altos Es-